



El novelista Rafael Chirbes, en una imagen de 2008. BRIGITTE FRIEDRICH (AGE)

Los libros del año

La primera entrega de los diarios íntimos de Rafael Chirbes, elegidos en una votación de 75 expertos. La novelista Sara Mesa analiza su cruda y magistral forma de acercarse a la vida y a la literatura. Además, seis autores latinoamericanos recomiendan un libro de estos 12 meses

1 Diarios. A ratos perdidos 1 y 2 Rafael Chirbes

Anagrama

POR SARA MESA

La expresión “acontecimiento literario”, de la que tanto se abusa en los últimos tiempos, es, sin embargo, la que mejor encaja para describir lo que ha supuesto en el mundo editorial la publicación de los primeros cuadernos de los diarios de Rafael Chirbes, un testimonio llamado a perdurar como una de las más interesantes escrituras del yo, tanto por la dimensión íntima que ofrece de su autor, preservada celosamente en vida, como por el potencial literario que desprenden sus páginas, rebosantes de una sufriente concepción de la existencia y de la escritura. Hemos sido muchos los que los hemos leído con avidez y muchas las conversaciones que hemos tenido en torno a ellos. Coradino Vega, que mantuvo correspondencia con él durante años, me hablaba de la ternura que encontraba tras su coraza marxista de hombre duro, algo que tiene que ver con su conciencia de clase y también con las circunstancias de su infancia, de las que nunca se sobrepuso. Daniel Ruiz decía que la lectura de estos diarios confirmaba lo que ya intuía a partir de sus libros y entrevistas: que Chirbes se sentía fuera de todo, desplazado, como un intruso en el mundo literario, impermeable a las modas, con una hoja de ruta propia. Con Jorge Herralde, su editor incombustible, estuvimos hablando de la tristeza, el pesimismo, la soledad y la sordidez que transmiten estos cuadernos. Y, a pesar de todo, son un festín, dije yo. Sí, coincidió él, un festín y también el resultado de una vida dedicada apasionadamente a la literatura: la lectura y la escritura, pese a tantas inseguridades.

Si bien estos diarios son una publicación meditada y preparada para después de su muerte (es decir, no se deja nada al azar), hay una autenticidad doliente y arrebatada, como si el autor, una vez fuera de esta vida, quisiera entregarnoslo todo, no ahorrarnos nada, incluso lo que le perjudica a él mismo. En los apuntes, correspondientes al periodo comprendido entre 1985 y 2005, hay descripciones de dolores y padecimientos físicos, escenas sexuales atormentadas, jugosas notas de lectura, impresiones recogidas en viajes, reflexiones de carácter político y, sobre todo, dudas, muchas dudas, sobre su valía como escri-

tor, sobre su verdadera vocación, sobre su incapacidad para sentarse a escribir con constancia. A veces, Chirbes se muestra despiadado con los demás y casi siempre consigo mismo; sus juicios son lapidarios, para bien y para mal. Hay pocos fragmentos felices en estos diarios y, los que hay, tienen más que ver con lo leído que con lo escrito. Si surge algún momento de plenitud, concluye siempre con la conciencia de que el tiempo lo corromperá, como corrompe todo. Pero no se puede admirar al autor sin reconocer y admitir esta oscura complejidad, como muy bien explica Marta Sanz en uno de los prólogos del libro, una inteligente invitación a la lectura de unos cuadernos que son, por un lado, “un acto de generosidad pre-concebida”, pero también una “voladura programada”: solo quien los aborde desde estas premisas podrá entenderlo todo.

La amargura que late en sus apuntes tiene que ver con el origen social, que el mismo escritor contempla como una enfermedad: “No hay medicina que cure el origen de clase, ni siquiera el dinero que pueda llegar luego, o el prestigio social que se adquiere (...) Es una herida de cuyo dolor te defiendes, e incluso ante tus propios hijos ya desclasados sacas las uñas de animal de abajo”. El otro aspecto que lleva como una carga es el de la homosexualidad reprimida, clandestina, vivida con culpa, la insatisfacción y la incapacidad de entregarse plenamente, así como el creciente alcoholismo y el miedo al abandono. “Todo me asusta. Me siento como un niño del que un dios se ocupara demasiado, con la sola intención de castigarlo”, escribió en 1985, y, 20 años después: “Este camino se me hace muy largo y cada vez me alegra menos el ánimo, se me oscurece la vista, cada día pesa más que el sol que te aplasta”. Puede que haya contradicciones en algunas de las notas de Chirbes, pero la coherencia de su conciencia vital asusta: una conciencia absoluta, inamovible, representada magistralmente en la escena del reencuentro de alumnos del colegio de huérfanos en el que estudió de niño —para mí, unas de las mejores páginas de la literatura testimonial reciente—.

Quienes ya sean lectores de Chirbes completarán con estos diarios el retrato de un escritor exigente, implacable y preciso, de una sensibilidad y entrega fuera de lo común; quienes aún no lo sean podrán obtener un valioso acercamiento a una personalidad indispensable de la literatura reciente y correrán después a comprarse sus novelas, *Mimoun*, *La buena letra*, *Los disparos del cazador*, *Crematorio*, *En la orilla* y tantas otras, para que el festín prosiga, imparabile.

Sara Mesa es autora de *Un amor*, el mejor libro de 2020 según *Babelia*.

“Hay una autenticidad doliente, como si quisiera entregarnoslo todo, no ahorrarnos nada, incluso lo que le perjudica”